

CRONICA INTERNACIONAL

Al hablar de la actualidad mundial sobre los que se llaman con sospechosa vaguedad «países dependientes», resulta inevitable comenzar hablando de las actividades desarrolladas en la O. N. U. El aparato burocrático montado en la nueva organización internacional se dispara por sí solo. Cada una de las reuniones del Consejo de Seguridad, de la Asamblea, del Consejo Económico y Social, y no digamos nada de las del Consejo de Administración Fiduciaria, son otras tantas oportunidades para que todos, pero en especial los grandes países, desarrollen su propaganda o intenten sus combinaciones en torno al futuro de los pueblos menores de edad. Cada día crecen más las solicitudes de los dispuestos a sacrificarse por la felicidad de esos pueblos, gobernándolos, beneficiando sus riquezas y disponiendo de su población en aplicaciones más o menos pacíficas. Ahora bien: merced a la ventaja inicial tomada a los occidentales por la U. R. S. S., campeona de la ultrademocracia para las gentes de color, la audacia y la inmutabilidad bolcheviques, tienen en la O. N. U. una excelente tribuna, que si no les proporciona resultados decisivos a corto plazo, complica la que en otros tiempos fué cómoda y silenciosa digestión de las riquezas de Ultramar por los Estados capitalistas de Occidente. Así, primero, en el Consejo de Administración Fiduciaria, fué la delegación hindú la que planteó —una vez más— el tema de la transformación de las dependencias en fideicomisos. Con una sorprendente amnesia, la señora Pandit acusó a los europeos de mantener por la fuerza su dominio sobre las colonias. Precisamente en esos días el naciente ejército hindú sometía *cum vis recto* al Principado de Hayderebad que se negaba a entrar en la Federación India. Las protestas de los invadidos y sometidos se perdieron ante el Consejo de Seguridad, por estimar

éste que no se trataba de un país independiente, con personalidad internacional suficiente para pedir socorro. Otro criterio semejante fué sentado por el mismo Consejo —reunido como la Asamblea de septiembre a noviembre en el Palais Chaillot de París—, al rechazar el ingreso de Ceilán en la O. N. U., por no considerarlo país independiente. La U. R. S. S. actuó de *ponente* al establecer como doctrina para que en lo sucesivo, que «Ceilán dependía para su defensa y sus relaciones exteriores de otro Estado, y que su gobernador nombrado por ese otro Estado poseía poder de veto sobre los acuerdos de su Legislatura en importantes asuntos internos». ¿Acaso no es parecida la situación de las dos Repúblicas de Bielorrusia y Ucrania, que pertenecen desde su fundación a la O. N. U.? Volviendo a la propuesta hindú, fué rechazada por una mayoría compuesta de países con colonias y sin ellas. Pero poco después la reproducía bajo nuevas formas la delegación rusa, pidiendo que la información sobre los territorios dependientes se generalizara, y que fuera completada por el envío de comisiones de inspección internacional que actualmente comprobara *de visu* la situación real de aquéllos, trasladando su parecer al Consejo de Administración Fiduciaria. Por 30 votos contra 6, el Comité de Fideicomisos y Dependencias de la Asamblea, rechazó esa proposición, no sin haber dejado a los soviéticos ocasión para dejar constancia de una inflamadora propaganda, que los Wallace, los Granados y los Sjariffudin, podrán utilizar cuando les convenga.

Otro asunto que vino a «tropezar» con el temario de la Asamblea, fué el destino de las ex posesiones africanas de Italia. Para evitar esta interferencia del aerópago, los cuatro grandes semialiadados hubieran tenido que ponerse de acuerdo antes de mediados de septiembre. Pero sus desacuerdos y sus secretas miras, les hicieron tomar con calma el asunto. La Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, delegó en sus adjuntos, que en mayo acordaron enviar una Comisión a recorrer los escenarios discutidos «para conocer la opinión de las poblaciones afectadas» y escuchar a los Gobiernos también interesados. La Comisión viajó bajo el calor de Somalia a Eritrea y de ésta a Libia. La audiencia sólo sirvió para que cada Gobierno insistie-

rá en sus puntos de vista, más o menos ampliados : Egipto, en la anexión de Eritrea y Somalia («por ser países de civilización árabe que pertenecieron (?) al Jedivato»), y en la constitución de un Estado independiente en Libia. Etiopía también pidió Eritrea y «Benadir» (es decir : Somalia) como «extensiones del suelo y del pueblo etíope usurpadas por la agresión italiana». Grecia sólo pidió libertad de pesca y establecimiento de sus nacionales en Cirenaica. Los demás países oscilaron entre las posiciones extremas de independencia y restitución. Seis países se opusieron a ésta : Nueva Celandia, Egipto, Etiopía, Pakistán, China e India (1).

Por su parte, Italia pidió la restitución total bajo la forma de fideicomisos, añadiendo que se proponía conceder una amplísima autonomía, incluso como preparación de la futura independencia de los países que se fueran capacitando. «Buscamos trabajo y cooperación los nativos y no aventuras en Africa», afirmó De Gasperi, en un telegrama a Dewey, candidato republicano a la Presidencia que se había pronunciado por la restitución en un discurso electoral.

En definitiva, la Comisión sólo pudo llegar a un acuerdo sobre dos extremos : que la Somalia estaba capacitada para gobernarse a sí misma, y que respecto de los demás problemas examinados, las partes representadas estaban en irreconciliable desacuerdo. Cuando faltaban pocos días para que el asunto pasara a la O. N. U., Rusia pidió la reunión de los «cuatro» —que esta vez no fueron los titulares de los Ministerios—, consiguiendo su convocatoria. Pero la conferencia sólo sirvió para hacer pública oficialmente la posición de cada potencia. La U. R. S. S. —con una sorprendente generosidad solamente empeñada para la consideración del «mal menor»—, pidió la restitución de las tres dependencias a la derrotada Metrópoli. Inglaterra propuso : 1) Aplazamiento por un año del problema respecto de Tripolitania. 2) Fideicomiso suyo sobre Cirenaica, a fin de consolidar el Emirato senusita «inaugurado» tres meses antes, a modo de Transjordania mediterránea. 3) Fideicomiso etíope por diez años sobre Eritrea, pasados los cuales la O. N. U. decidiría bajo la fiscalización de un Consejo compuesto por Italia, un país árabe, otro neutral, Francia e

Inglaterra. 4) Devolución de Somalia. Los Estados Unidos coincidieron con sus parientes británicos respecto del destino de Tripolitania y Cirenaica. Pidieron la devolución del altiplano eritreo y de Assab a Etiopía y el fideicomiso del litoral para Italia, y la devolución de Somalia. Francia pidió para sí el Fezzán; accedió al reconocimiento del Estado senusita en Cirenaica, propugnando la misma división de Eritrea, con devolución del litoral y de Somalia. Lo curioso es que a pesar de la coincidencia sobre el destino de Somalia, los rusos no accedieron a separar su problema de los demás sometibles a la Asamblea. En las entrevistas de Sforza con Schuman y Bevin, Italia ha renunciado a Cirenaica.

También el Consejo Económico y Social de la O. N. U. se ocupó de las dependencias. De una parte se interesó por la elevación de los niveles de vida de ciertas capas de asalariados indígenas; pero de otra se opuso a la admisión de Indonesia y Viet Nam en la Comisión Económica para Asia y Extremo Oriente. Como es lógico, Rusia defendió esa admisión y Francia, Inglaterra y Holanda la rechazaban. Lo significativo fué la adhesión de los Estados Unidos al bloque colonista.

Fuera de la O. N. U., tres organismos se han ocupado del mundo tutelado. En América, la Unión Panamericana; en Europa, la Unión Occidental, y en Asia, el Kominform. En septiembre debió haberse reunido en la Habana la recién creada Comisión Consultiva para los territorios coloniales. Por lo menos dos terceras partes de los 21 miembros de la Unión, debieron haber concurrido; pero la falta de solidaridad entre aquellos —y la influencia de las presiones entre cortinas de algún poderoso miembro que también retiene como colonia a Puerto Rico—, se notó en la falta de interés para designar a los representantes de Méjico, Panamá, Colombia y Haití, acreditarlos como tales a sus representantes en Cuba. Sólo dos, Argentina (a Enrique Corominas) y Guatemala (a García Granados), designaron representantes especiales en tiempo oportuno. El colonialismo europeo en América sigue tranquilo; entre tanto, Francia «aplicaba» su régimen metropolitano a sus nuevos departamentos de Guadalupe, Martinica y Guayana. Inglaterra discutía en Londres con una delegación jamaiguina —en la que

figuraba el *leader* autonomista de color Alexander C. Bustamante—, la entrada de la Jamaica en el proyectado Dominio del Caribe y con Bramuglia el eterno pleito malvino. Y Holanda anunciaba que las Colonias de las Indias Occidentales habían muerto, para dar vida a la posesión de las Antillas Holandesas (Guayana incluída), que formaba parte integral del Reino en pie de igualdad con los territorios europeos, en virtud de la reforma constitucional que creaba la «Mancomunidad Neerlandesa e Indonésica». Por su parte, el gobernador de Belice, con ocasión del 150 (?) Aniversario de la Fundación de la Colonia, reafirmaba el propósito de la Metrópoli, de no abandonarla jamás; y por si cupieran dudas, el Gobierno metropolitano declaraba que tampoco cedería sus «derechos» de soberanía sobre las Malvinas.

El Consejo de los cinco países nucleares de la Europa Occidental, en su sesión celebrada el final de octubre en París, abordó —sin excesiva publicidad— los problemas de la extensión al Africa dependiente de la cooperación que ya se estaba practicando en Europa. Como esta cooperación comprende aspectos no pacíficos, aunque sí defensivos, los comentarios fueron para todos los gustos. Moscú veía ya una recluta masiva de indígenas como tropas de choque del capitalismo occidental. Y, en efecto, por curiosa coincidencia fueron los senegaleses y marroquíes los que impusieron el orden, como siempre, durante las huelgas mineras francesas en St. Etienne y Roubaix. Pero lo debatido fué económico. La pauta venía ya trazada desde anteriores reuniones: 1.ª) La de Bruselas en diciembre de 1947, y en la que Inglaterra, Francia, Bélgica y Portugal se ocupaban de la conservación de los suelos agrícolas y forestales. 2.ª) Las bipartitas francoinglesas de París (febrero de 1948) sobre aportación de las materias primas africanas a la reconstrucción europea. 3.ª) Las de Bruselas del mismo mes y año, en la que el Benelux trató de la igualdad de trato comercial en sus dependencias. 4.ª) Las cuatripartitas de septiembre de 1948, en las que se volvió a tratar de temas de técnica y economía agrarias. 5.ª) La de Técnicos Coloniales de la Europa Occidental de Amsterdam, en el mismo mes, en la que el delegado británico Thomas presentó un «plan de cooperación» bastante audaz. La

continuación de esta Conferencia parece que se celebrará en Lisboa en mayo de 1949. A la vez se reunían conferencias parciales; ya dentro del suelo africano, en mayo: la francoinglesa de Lagos sobre temas laborales y sociales, y en septiembre la cuatripartita más las participaciones sudafricanas y norteamericana de Leopoldville sobre preservación de suelos; ya dentro de una sola metrópoli: así la gran Conferencia Colonial británica africana de Londres (septiembre). En ella Hugh Dalton pidió nada menos que la creación de la «Unión Occidental de África», mientras que en su temario se abordaban los más variados asuntos: reorganización constitucional y administrativa, planificación económica, reajuste social, nueva orientación mercantil, etc. Al lado de su pintoresquismo la presencia de algunos delegados indígenas fué decisiva para marcar la oposición de los jefes tradicionales a las reformas de gusto laborista. Así, el delegado nigeriano Adeleke Adedoyu y sus colegas Isibu Daku, Obei San y Oba Aderemi, se enfrentaron con los «traduccionistas» de Lagos y Acra. La Metrópoli se regocijaba secretamente, pues su espíritu democrático estaba un tanto receloso ante el descubrimiento de la organización comunista e independentista nativa de «The Cercle» localizada en Costa de Oro. Su jefe, Kuama Nyromath, doctorado en Filosofía en Inglaterra era persona inteligente y peligrosa, y las raíces tan hondas, que después de reprimir las primeras actividades de «El Círculo» (29 muertos), el informe sobre la situación recomendaba cierta contemporalización y mayor autonomía. Por cierto que en la Conferencia Imperial de octubre aparecían como nuevos dominios, India, Pakistán, Rodesia del Sur y Ceylán, mientras Terranova pasaba al Canadá.

Otras actividades europeas han sido las muy ruidosas —pero nada originales— de la Asamblea de la Unión Francesa. En los sucesivos Gobiernos que la IV República ha ido estrenando, el Ultramar francés ha tenido una directa representación «autóctona» —como se dice en París para evitar las ofendidas palabras *indígena* y *nativo*— en las personas de un senegalés y un cayenés. El Ministro Queuille dejó en la cartera en Ultramar al «M. R. P.», Costé Floret, secundado por el radical Tony Revillon.

Mientras otros países jugaban a la «democracia en Ultramar», Portugal seguía serenamente su camino de labor positiva y callada. Rescatada por 600.000 contos la concesión del Puerto de Beira; autorizaba empréstitos cuantiosos (un millón de contos a Mozambique, 250.000 a Angola, 160.000 a Timor, 50.000 a Cabo Verde y 40.000 a Guinea), explotaba el carbón de Tete, utilizaba el puerto de Lobito y regularizaba la pequeña, pero sólida colonización blanca. Portugal ha conmemorado el tricentenario de la epopeya de Correia de Sá reconquistando Angola a los holandeses.

Fuera del continente africano —aunque no lejos en este mundo pequeño de 1948—, otros escenarios han agitado a la diplomacia. Palestina, con la eterna cuestión entre los árabes —desunidos siempre y más desde la creación del Gobierno de Gaza, repudiado por Abdullah de Transjordania, que en Jericó se proclamó rey del país— y los judíos, es decir, los sionistas, beneficiarios de las numerosas violaciones de la tregua e invasores del suelo egipcio. Mientras la O. N. U. debatía inútilmente y el Papa pedía la internacionalización de los Santos Lugares, el sucesor del asesinado «mediador», Bernadotte, precisamente el Jefe del Departamento de Fideicomisos en la Secretaría de la O. N. U., Ralph Bunche, negro y nieto de un esclavo, recomendaba una nueva forma del plan de partición, dejando Jerusalén y el Neyer a los árabes —poco capital, pero zona cultivable— y toda Galilea a los judíos. En Indonesia los comunistas se apoderaban de Madiun y Porwudi, constituyendo bajo Musso un Gobierno sin disfraz, que ponía en un aprieto al «Gobierno de la República» —es decir, el de Hatta, en Yoka-karta— y facilitaba la labor de paciente, pero no ineficaz espera del Gobierno holandés de van Mood, luego dimitido. Hasta que en diciembre la paciencia holandesa se acabó y sometió militarmente a la República, con la protesta platónica del Consejo de Seguridad. El comunismo ha seguido haciendo estragos en Birmania (donde asesinó al vicepresidente del Gobierno y tomó Prome), Viet-Nam, Malaca (en la que Rusia compró 37.000 toneladas de caucho contra 27.000 América y 20.000 Inglaterra), Corea (donde promovió una insurrección contra el Gobierno proamericano de Sygman Rhee, mientras los rusos anunciaban

la «evacuación» de su zona), Filipinas (reprimidas con la muerte del cabecilla Taruk) y China : aquí silenciosamente ha engullido cientos de miles de kilómetros con millones de habitantes : Manchuria y el Norte, haciendo tambalearse a la resistencia nacionalista.

Inútil decir el interés con que los españoles seguimos las maniobras internacionales sobre el mundo dependiente, y de modo más directo sobre Africa. Nuestro silencio no supone indiferencia ni renuncia. La exclusión de España de las conferencias internacionales en torno a Africa, es un error sectario más de esta post guerra de locura y ceguera, que tan cara pagarán al despertar las democracias occidentales, cuando el oso ruso precipite los acontecimientos. Quiérase o no, habrá que contar con España en ciertos lugares y por ciertos problemas. Entre tanto, España acomete y resuelve en la medida de lo posible sus problemas africanos, estrecha relaciones con el mundo árabe y se prepara ante el porvenir. A ella sí que no pueden enseñarle nada los nuevos ricos de la colonización, ni pueden sorprenderla los nuevos ricos del imperialismo.

JOSÉ M.^a CORDERO TORRES.

N O T A

(1) En cuanto a los interesados, un partido pidió en Trípoli la independencia bajo Faruk como rey y otro bajo el emir Idris. En Cirenaica el único partido consultado pidió la continuación del Estado senusita ya creado. En Eritrea, «una décima parte de la población» la vuelta de Italia; el 45 por 100 la unión a Etiopía, y el 45 por 100 la independencia bajo Inglaterra. En Somalia todos los consultados pidieron un fideicomiso.

